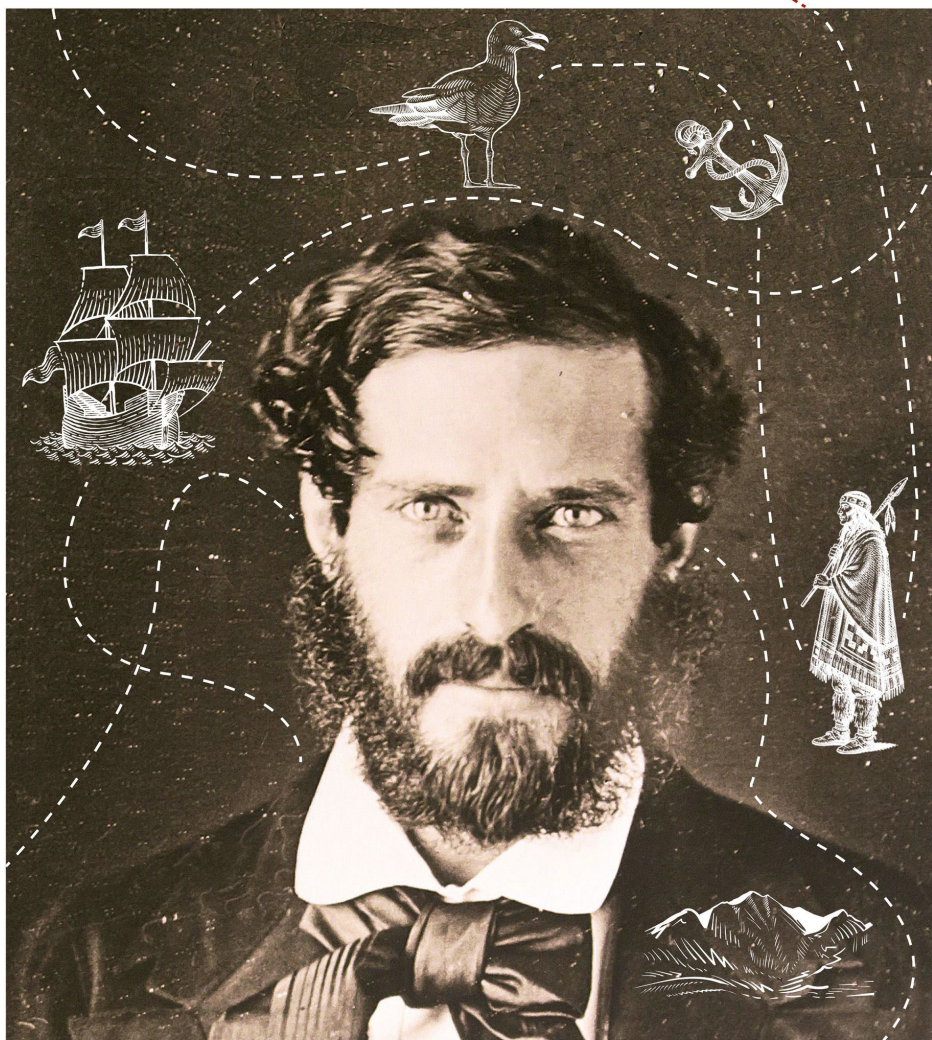




Seix Barral

César Aira

Los viajes de Julius Brenchley





Seix Barral

César Aira

Los viajes de Julius
Brenchley

EN LOS ANDES AUSTRALES

Adónde, en qué remoto rincón del planeta pintoresco encontraremos esta vez al presbítero de los cinco continentes, Julius Brenchley (1816-1873), el celebrado «gentleman explorer» de Maidstone (Kent). Preguntemos más bien dónde podríamos no encontrarlo, tan lejos y a tantos sitios lo llevó a lo largo de los años su inextinguible curiosidad y sed de saber. La escuela a la que acudía tenía por aulas mares y desiertos, por maestros los pueblos no inficionados por la civilización. El siglo seguía abierto al descubrimiento de nuevas caras del vasto poliedro del mundo, meridianos y paralelos tejían la telaraña de lo maravilloso, los adelantos en el transporte hacían posible que el hombre, ya no la sola imaginación del niño enamorado de mapas y de estampas, fuera a ver en persona. En una de las páginas de la gran Enciclopedia encontramos a nuestro héroe. No sin simular un gesto de incredulidad constatamos que es el capítulo de los Andes australes. Conocedores del desarrollo de esta historia, sabemos que no era ese el destino con el que inició el viaje, y que sólo el más bizarro azar pudo terminar depositándolo entre esas montañas. Aunque si se las hubieran propuesto las

habría aceptado con el arrojo y la ecuanimidad que siempre lo caracterizó. Allí una naturaleza virgen y antípoda le ofrecía amplia oportunidad de herborizar, recoger muestras de minerales, registrar el canto de aves nunca vistas y hacer las higrometrías de los montes, cúmulo de operaciones pacíficas que nos harían prever un relato más descriptivo que narrativo, con más ciencia que drama, y con el cronista tratando vanamente de crear emoción a fuerza de adjetivos. Pero los asiduos a las andanzas de Julius Brenchley sabemos que la aventura lo persigue y lo alcanza allá donde va. Su flema británica contiene un imán para el peligro y las contingencias extremas. No es algo tan infrecuente. Al menos hay antecedentes, del sedado profesor de lenguas extintas o el propietario rural de las morosas campiñas verdes del Sussex a los que la sed de emociones los lleva a negociar abismos tibetanos o temibles hábitos jíbaros. ¿Les pasará sólo a los ingleses, tan aficionados a la paradoja? ¿O será una ley universal de la compensación? Como sea, el cronista debe prepararse para adaptar su pluma y su pensamiento al paso veloz de una acción trepidante.

«Andes australes», ya lo dijimos. Dijimos también que no la deliberación sino el azar lo había llevado ahí, si por azar entendemos una serie extraordinaria de circunstancias concurrentes. Empecemos entonces por el principio. La primera página de la aventura se escribe en Southampton, la antigua Clausetun de los romanos, sobre la desembocadura dual de los ríos Itchen y Test. Puerto de importancia a lo largo de su historia, fue base de operación del rey viking Canuto, el triunfante Napoleón medieval del septentrión, y sus murallas no pudieron im-

pedir el saqueo llevado a cabo por el pirata Grimaldi, con cuyo espolio fundaría su propio reino en el Mediterráneo, dando nacimiento de paso a una glamorosa dinastía. En la época de nuestra narración gran parte del comercio exterior de la Gran Bretaña partía de aquí, y de aquí es de donde partía esta mañana de otoño nuestro héroe, con su criado y el equipamiento de científico y escritor que lo acompañaba en sus viajes. Lo hacía a bordo de una moderna goleta de tres mástiles, la Gloriana, que llevaba anclas con destino al puerto de Valparaíso. Las calas iban estibadas de material suntuario que incluía pianos de cola, muebles preciosos, obras de arte, alfombras, textiles, porcelanas. No era el primer cargamento de ese tipo que los puertos europeos dirigían a la joven república de Chile. A favor de políticas económicas que habían sabido aprovechar los beneficios de un suelo rico en minerales valiosos, y gobiernos ilustrados, tras los decenios conservadores de los presidentes Bulnes y Montt, había hecho su aparición una incipiente burguesía culta y cosmopolita que reclamaba las primicias de la civilización para alhajar los palacios que empezaban a alinearse sobre la Alameda de Santiago. De las repúblicas sudamericanas que el siglo había visto nacer, era la primera que se asomaba a los estándares europeos, provocando la envidia de sus vecinas sumidas en la anarquía, las guerras civiles o el liso y llano caos. Su hermana trasandina, sin ir más lejos, estaba todavía tratando en vano de restañar las heridas dejadas por una larga dictadura populista. Y precisamente en esta ciudad de Southampton moriría años más tarde el dictador de marras, ex Restaurador de las Leyes exiliado en la Inglaterra que dizque había combatido, humillado

por recibir pensión de la viuda de su vencedor en Caseros. Y contemporáneo a nuestra historia, a poca distancia de la ciudad, en Swanthling, pialaba redomones y criaba cerdos en el lodo de su propiedad. Había administrado las trescientas mil hectáreas de la estancia Los Cerrillos, y ahora reproducía en miniatura aquellas extensiones en las cincuenta y seis hectáreas donde hacía la parodia de la doma, la yerra, el arreo y la tropilla, con el mate en la mano servido por la fiel Manuelita, que pronto dejaría de serle tan fiel al casarse con Terrero e irse a vivir a Londres.

Pero dejemos la tierra. Adentrémonos en el piélagos nosotros también, total no corremos peligro porque lo hacemos con la imaginación, que no se arredra ante nada con tal de ver qué pasó después. Por el momento no pasaba nada. La Gloriana enfrentaba con gallardía el bramar de las olas. Era una goleta de tres palos, con velas áuricas, focos de bauprés, gavia baja y trinquete. Se la había elegido para este transporte de mercadería fina por ser su andadura más reposada a la vez que rápida; podía sostener por varios días seguidos, con buenos vientos, una velocidad de entre doce y quince nudos. Ya había pasado la época en que se empleaban goletas sólo para el comercio de cabotaje; el perfeccionamiento del tendido de velas y una generación de timoneles profesionales en reemplazo de los viejos lobos de mar que no tenían a su favor más que la pata de palo y el loro al hombro pusieron a la elegante goleta en la clase de ultramar. Y esta vez a nuestra embarcación no le faltaron los buenos vientos, ni las corrientes de amplio trazado, sobre las que se deslizaba entre nubes de peces voladores, en compañía de los delfines siempre dispuestos a correr una carrera con su

amigo el hombre. Los astros de la noche fueron mutando, sus figuras se hicieron desconocidas, el ecuador acudió a la cita, y dieciocho lluvias lavaron las velas y la cubierta en las tres semanas del cruce.

La superficie del océano centelleaba con el correr de los días. El sol tardaba pocas horas en llegar al cenit, y allí se hacía pequeño como un iris de oro. Del agua emanaba el olor de la sal que impregnaba las velas, temblorosas en las grímpolas, más firmes en el botalón de la mesana cuando las vergas se comunicaban unas con otros en el soplo del aire, los foques hinchados con los nudos y las millas. En las troneras, el rostro repetido del capitán, ese pesimista al que ningún obenque le venía bien. Pero sus exigencias eran necesarias para asegurar el estay de la goleta. La quilla cortaba la onda y descubría al pez, al habitante de los panales líquidos. Saltaba la gran foca, se dormía el calamar. El timón giraba locamente en el vértigo blanco de la calma. Del punto ciego del mar asomaban otros trinquetes, fantasmales. A nada se parecía tanto la travesía rumbo al SSO como a la invención de amigos imaginarios que hace el niño solitario, sin hermanos, en el patio embaldosado de la casa solariega.

Una marinería jovial hacía llevaderos los días interminables. La higiene de la cubierta era para ellos una religión. Su liturgia, el paño enjabonado, el cubo de pesada agua de mar, con los sargazos de la lavandina, que la teca absorbía en gárgaras. Con el frotado reabsorbían, jóvenes en la plenitud de sus aptos físicos, o viejos resignados al peñol, la fantasía de la pérdida de los dedos de los pies. Los bronces del barco, todos sin excepción, tenían captura de brillo. Ecuánimes, los hombres de la gavia no anticipa-

ban un futuro en que el olor del lustramuebles, en una de esas pensiones de puerto donde terminaban sus días los marineros retirados, les traería a la memoria los días de risas y marejadas. Recordarían, sí, que la mesana estaba alta.

Sin ser crueles ellos, por inimputables, sus bromas podían serlo. Por ejemplo cuando se lanzaban a un Quién Encuentra al Rengo. Era uno de sus entretenimientos favoritos, para el asombro de la oficialidad que no entendía cómo en las pocas horas libres que tenían, en lugar de tirarse en sus hamacas a descansar corrían por todo el barco como bolas de billar en una mesa que se inclinara en todas direcciones todo el tiempo. Consistía el juego en dar con el marinero al que le faltaba una pierna. Lo emocionante, para ellos, pobres diablos, estaba en que uno le hiciera creer a otro que era el mutilado, doblando para atrás la pantorrilla o improvisándose una pata de palo con el palo de amasar del cocinero, y cuando el otro creyera haber ganado desengañarlo mostrándole las dos piernas y echando a correr. Los gritos y risas se repetían en todos los rincones del barco, hasta que uno de ellos encontraba al que realmente le faltaba media pierna, producto de un viejo accidente, sin que la falta le impidiera trabajar en cubierta y en las calas a la par de los demás. Que el juego, tan divertido, pudiera herir sus sentimientos y mostrara poca empatía con un discapacitado no le importaba a nadie. Y él estaba resignado.

Como esta muestra de alegre salvajismo a bordo, había otras. El alma humana en alta mar desbordaba de violencia inútil, como lo hacía en tierra firme aun en el corazón de las ciudades donde la industria textil y la má-

quina de vapor habían echado raíces. El hombre cansado de pegarle a su mujer salía de casa y le pegaba al vecino. El país cansado de devaluar su moneda atravesaba las fronteras con contrabando para distorsionar la economía del país lindero. El sacerdote llevaba a la monja a la hoguera, el loro moría de viejo sin haber aprendido la palabra Esperanza. Uno terminaba preguntándose qué sentido tenía ir a husmear a las selvas y los desiertos en procura de ejemplos del horror, teniéndolos al alcance de la mano.

La prosa del viaje se volvía salmo. El paso-a-paso del mar se volvía verso libre, las transiciones rotas, los focos de interés parpadeando en una luz dolorosa, en el brillo incandescente del pez, del escualo rápido, de la gran marsopa agazapada en la ola. En las cabinas de la primera clase, un rumor de espera. El ecuador siempre se estaba aproximando y, a la vez, dada la circularidad del periplo, se estaba alejando.

Así estaban las cosas hasta que un día unos petreles alborotando el cielo anunciaron que algo estaba por suceder. La expectativa llegó a su punto máximo a las nueve y treinta cuando del horizonte occidental brotó como por arte de magia una palmera, su penacho verde coronado por un ananá. ¡Era América, la hija más bella de la plataforma que paría continentes! Aun tres siglos y medio después de su descubrimiento su aparición seguía siendo una jubilosa sorpresa, como si hubiera podido desaparecer en una distracción de las potencias coloniales.

Los corazones se descargaron. Los marinos de aquel entonces no suspendían la incredulidad sino donde el mar cesaba. Navegaron varios días a tiro de piedra de playas donde una muchedumbre incesante de mulatos bien for-

mados se pasaba los días cabalgando las olas, jugando a la pelota y tomando agua de coco, que a los marineros se les hacía agua a la boca. A los malayos directamente había que sujetarlos para que no se fueran nadando a la costa. Los marineros provenientes del Havre o de Plymouth habrían dado la mitad de la paga para librarse de los atuendos y dejar que esas brisas que hacían sonar los intervalos de las palmas como harpas verdes les hicieran cosquillas en los omóplatos descubiertos. Los suboficiales tenían que llamarlos al orden recordándoles las ventajas de los climas fríos para la industria textil, que merced a una enérgica política de exportación había llevado la prosperidad al cottage de la clase artesanal.

Por suerte un poco más allá los contenidos selváticos cesaron cediendo su lugar a las praderas herbáceas que harían la riqueza de las naciones templadas del cono sur una vez que se reprodujera en condiciones propicias una novillada sana, para no hablar de los trigales limpios de la tucura, el lino y el boj. La chatura de esas tierras, buenas para el cultivo pero desalentadoras para la mirada, estaban empezando a aburrir a la gente de la goleta, y hacerles desear estar de una vez en el cabo de Hornos y cambiar de océano, así fuera que tuvieran que sortear el estrecho a presión de la tormenta, como el corcho de una bebida espumante. Muchas veces el peligro termina siendo preferible al tedio.

Un paso más allá, empero, podrían haberse ilustrado con la visión de un prodigio, bastante invisible, es cierto, para quienes no hubieran frecuentado mapas, cual era la desembocadura del río más ancho del mundo, verdadero mar de aguas dulces en cuyas orillas enfrentadas se

alzaban las dos grandes ciudades, hermanas rivales en la política y las letras, las primeras en las que alumbró en tierras americanas el Romanticismo, que ya se estaba pasando de moda en Europa.

Enfilaron, pues, al sur, y como si los vientos se hubieran contagiado de su impaciencia, los llevaban cada vez más rápido, hasta que el contraмаestre, el único que prestaba atención a los contornos de la navegación, empezó a alarmarse. Quizá la tormenta que esperaban encontrar en el sur último del cono continental se adelantaba hacia ellos. Después de todo, uno siempre estaba al sur de algo. Cuando los quince nudos se asomaban a los dieciséis el maderamen empezó a crujir. El capitán suspiraba tomando por el codo al contraмаestre: lo peor era tener que disimular la impaciencia, sentimiento poco profesional en un capitán de ultramar, pero imposible de no sentir cuando el tiempo se estancaba. Se lo pasaba encerrado en el castillo de popa, donde no dejaba entrar a nadie. Al contraмаestre, a veces, y al grumete que le traía el ponche. La gran llanura del agua atlántica se estremecía bajo el sol y su cerebro no hacía más que repetir las altas y bajas de las mareas oceánicas. Era un hombre viejo, ya debería haberse retirado y estar haciendo jardinería en su cottage del Warwickshire-upon-Avon, donde se daban las dalias amalvonadas resistentes a los duros vientos provenientes de Irlanda. Pero el cebo de la paga hizo que se embarcara otra vez, para arrepentirse no bien perdió de vista Dover. Cuando decía que estaba cansado de navegar, se estaba mintiendo a sabiendas. Lo que no quería era seguir viviendo. ¿Entonces qué estaba haciendo allí? Sospechaba, como lo había sospechado

muchas veces antes, que no había nacido para oficial de la marina mercante. Era, más que una sospecha, una certidumbre que lo roía por dentro, y un poco por fuera también, como lo mostraban las arrugas en el rostro, y la piel reseca por el contacto durante sesenta años con el aire salado y el gesto de hastío. Una travesía como la que había emprendido la goleta a su mando no era como otros trabajos, la composición de una obra musical por ejemplo, la construcción de una mesa mediante ensamblaje, lijado, barnizado y clavado, o cualquier otro trabajo similar: si en cierto punto de la tarea el que la realizaba sentía que estaba cometiendo un error y no quería seguir, abandonaba y listo. La mesa quedaba con una sola pata, o dos, y la composición musical, suponiendo que fuera una fuga, quedaba con la exposición, y quizá la respuesta, pero sin los episodios ni las entradas. Nadie se lo reclamaría. El mundo estaba lleno de cosas a medio hacer. Pero en un viaje por mar no había lugar para el abandono, había que seguir hasta el final. Estaba el caso de un capitán, un colega suyo, no recordaba el nombre, que amaestraba a las ratas y las hacía bailar frente a él y pasaba las horas entretenido, las tediosas horas de la navegación. ¿Sería real, o lo había soñado? Había gente que hacía trabajos que no les gustaban, por la paga. Casi todos lo hacían así, aunque no lo confesaran y hablaran de la vocación y el servicio a la comunidad. En ese caso, tan difundido, uno podía decir: Si me sale mal, no importa, cobro de todos modos y me consuelo contando la plata. Claro que eso valía para un artista, por ejemplo un artista en su fase de decadencia, al que por mor del prestigio ganado por sus obras de juventud le aceptaban sus adefesios seniles y le

pagaban. ¿Pero un viaje a Santiago de Chile? Si salía mal, se hundían y él se moría porque su deber era quedarse el último, cuando ya no hubiera más botes. Una cláusula básica de la dignidad mandaba retirarse cuando ya uno no estaba en condiciones de hacerlo bien. Se necesitaba un poco de autocrítica, o por lo menos no mentirse. Sobre todo no mentirse diciendo con argumentos alambicados que no era que lo hiciera peor sino que lo hacía distinto, de una manera que la edad le había enseñado a hacerlo más libre, menos apegados a los cánones de una calidad convencional. Mentira. Lo hacía mal porque ya no podía hacerlo bien. Tampoco se arreglaba bebiendo. La vista fija en el sextante, esperaba la entrada del grumete con el ponche. Pobrecito ese chico, qué mal le habían cortado el pelo. Un piélagos dudoso alzaba hasta él, por las junturas de los tablonés de teca, un tufo a pulpos. ¿Por qué estaba tan condenadamente interesado en que este viaje saliera bien? La razón le decía que no había motivo de preocupación, el viaje se hacía solo, la prueba era que mientras se hacía él podía hacer otras cosas, comer, beber, dormir, conversar, jugar a los naipes, pasearse en círculos por un estrecho compartimento, y no en un momento de distracción o recreo sino todo el tiempo, absolutamente todo el tiempo del viaje. Debería haber seguido el ejemplo del general cartaginés que había preferido arrojar-se desde un acantilado antes que entregarse a la melancolía.

Llegando al paralelo 42 sur, el negro de las nubes que anunciaba tormenta adelantó el crepúsculo. Sobre el horizonte se encendía el amarillo opaco de la actividad eléctrica. Un fuerte viento del este empujó la goleta hacia la costa, obligando a ajustar el trinquete, moderar el bauprés

y enrollar las velas. Cuando se descargó la tormenta ya era noche cerrada. No era un solo viento, había por lo menos siete compitiendo entre sí. Habitados como estaban los oídos de los hombres a bordo de la Gloriana a las gárgaras suaves de ola contra ola, el ruido atroz de la tempestad invadía las orejas con amplificación. Los más se encomendaron a la Providencia y se encerraron en las calas, donde los pianos de cola destinados a las señoritas chilenas saltaban y cambiaban lugares con estrépito. La cubierta se había vuelto la nueva línea de flotación, la goleta entera se sumergía en el oleaje tenebroso, el impulso que la llevaba hacia abajo era el mismo que la hacía saltar fuera del agua, con la proa afilada como una espada amenazando al Jove sulfúreo. Los tablones de teca de la crujía se separaban y volvían a pegarse con un castañeteo seco que sonaba fuera de lugar en ese continuo acuoso. Las olas que lanzaba el puño furioso del viento alcanzaban los treinta metros de altura, con los tres metros treinta superiores de pura espuma rezumante de algas fosforescentes. Un espectáculo que nadie habría podido ver más allá del fragmento de segundo del fogonazo. El desencadenamiento de la tormenta se parecía al momento en que un poeta de aquellos años, luego de estar largo rato con la pluma en la mano y la mirada perdida, era alcanzado por la inspiración y se desencadenaba sobre el papel un tumultuoso oleaje de versos. El cielo erizado de relámpagos se desplomaba sobre un mar negro del que se levantaban montañas de agua. La última orden que había dado el capitán antes de ir a encerrarse en su camarote con la pipa y el ponche fue dejar libre el timón. Sabía que si intentaban imprimir una dirección cualquiera al barco

en ese caos negro, lo llevarían a la perdición. Librado a las fuerzas e inercias de la noche, tomaría por sí solo las mejores decisiones. Lo había aprendido de chico, en una ocasión en que vio o imaginó que el gato con el que jugaba estaba enfermo, y quiso remediarlo. No se le ocurrió modo mejor de hacerlo que abrirlo para ver por dentro qué le pasaba, y lo hizo con un corte de su cuchillito de mango de cobre con sus iniciales, en el dorso del animal, de la garganta a la cola. Lo que vio al tirar hacia los lados los bordes del corte le resultó por demás desagradable, además de que tenía las manos pegoteadas de sangre. El interior del sedoso animalito compacto y elegante era un revuelto de objetos blandos en una especie de guiso oscuro de olor acre. A pesar del asco que le daba metió la mano buscando el corazón, que imaginaba como un dije rojo, y no lo encontró. Fue llorando a mostrarle el despojo a su padre, a que le explicara por qué no había podido volver a cerrar el gato, como intentó hacerlo. El padre, un viejo marino retirado que después de haber surcado los siete mares había adoptado el lema «Comprenderlo todo es perdonarlo todo», no pudo menos que felicitarse por la iniciativa que mostraba su hijo de siete años recién cumplidos, que no retrocedía ante la matanza y la autopsia, pero debió explicarle que el gato se habría curado solo, eligiendo en el jardín las hierbas o brotes que le convinieran. Aprendió la lección, y la aplicó en lo sucesivo, como lo hacía esta noche dejando que la goleta hiciera lo que le pareciera más conveniente. Había hecho la apuesta segura: apostó por los hechos, y los hechos le dieron la razón. La Gloriana lo estaba haciendo bastante bien, porque a pesar de los revolcones que le propinaba

el torrente de lluvia por arriba y el juego abrupto de lo lleno y lo vacío por abajo, se mantenía a flote. ¡Cuánto habría que agradecerles a los viejos barcos a vela, tan frágiles y tan resilientes, que al fin de cuentas fueron los que agrandaron el mundo volviéndolo redondo!

Ahora bien, hasta aquí hemos contado sólo la mitad de lo que pasó en esa noche siniestra. Ahora viene lo mejor, es decir, lo peor. Fue como si un demiurgo medio loco, o apurado por poner fin a la aventura, hubiera decidido que con la tormenta no bastaba, y entonces puso las ballenas. Pero a no culparlo, porque no es un capricho suyo: desde tiempos inmemoriales, en realidad desde que el continente africano se separó de América, una especie de la familia cachalote venía a este golfo de aguas visitadas por una corriente abisal de salinidades especiales, con el objeto de dar a luz después de largos embarazos transoceánicos. Milagro de la sabiduría natural, que esos grandes mamíferos marinos descubrieran, de todos los rincones que ofrecen los mares, justo el que más conviene a la operación del parto. Si uno no quiere maravillarse en exceso del prodigio, debe pensar que el lugar y las ballenas nacieron al mismo tiempo, y entonces no hay ninguna coincidencia. Guiadas por el instinto para seguir los caminos submarinos trazados por el guion evolutivo, las gigantes hembra del océano acudían cada año a esta costa a parir. Propio del tamaño del que las había dotado una prehistoria de colosos, las ballenas se llamaban cantando cuando terminaba el verano y los cardúmenes de anchoas de los que se habían hartado se retraían, y se daban cita en una hoya del mar de la China para aparearse, y al otoño siguiente las hembras venían a dar

a luz a las costas sudamericanas mientras los machos se iban a reponer fuerzas frente a Noruega, haciendo de este modo del planeta entero en su vasta redondez las distintas habitaciones de su casa.

Habían estado ahí todo el tiempo, si los hombres de la Gloriana no las habían visto era por causa de la oscuridad. Y no habrían provocado ningún problema de no ser por la furia de la tormenta, que al sacudir sus corpachones del tamaño de inmuebles adelantaron los partos. Entonces sí fue el acabose. Es fácil imaginar lo duro que debía ser extraerse un bebé de trescientos kilos sin ayuda ni lubricación, porque la Naturaleza les jugó a las ballenas la broma pesada de ponerles toda su valiosa grasa en la cabeza. Y mucho peor era hacerlo en medio de una tormenta con olas que las lanzaban por los aires, con el feto a medio asomar. Ciegas, se chocaban entre sí con un estruendo que competía con la colisión de las nubes cargadas de hielo. Y al concierto se sumaban sus voces, el canto de las ballenas que había inspirado a los poetas y que los músicos todavía no habían encontrado oboes aptos para imitar. En esta ocasión no eran para nada poéticos sino que transmitían un dolor visceral y el pesar de ser seres reproductivos. Los hombres de la Gloriana, que no sospechaban lo que estaba pasando, creían que era el silbido de un viento ronco.

Las ballenas habían venido aquí a que su descendencia ejerciera el derecho a nacer, al sitio elegido entre tantos que ofrecía el concierto de mares y océanos en razón de su calma. Al encontrarse con la sorpresa de la tormenta se enfurecieron, cosa rara en estos pacíficos rumiantes del alga y el krill, pero había que tener en cuenta la alte-

ración del ánimo en el trance de romper bolsa. Iracundas, atacaban a golpes a la tormenta que las atacaba, y la habrían matado si la tormenta hubiera tenido un cuerpo en el que hundir la lámina asesina de lo imprevisto. Eran dos tormentas, la de arriba y la de abajo, dándose golpes uniformemente bajos para nada ilusorios, y la que pagaba el coste de la fiestecita era la Gloriana, con las crujías a punto de desfallecimiento en sus ensamblajes. Las ballenas seguían dando palmadas titánicas con la cola, como si hiciera falta algo más para agitar las aguas.

Los marineros, que habían desertado de sus puestos en cubierta para pasar la tormenta durmiendo en las hamacas, al día siguiente se harían lenguas de la fiereza del mar. Las olas que golpeaban la quilla, dirían, parecían sólidas, como hechas de un agua que hubiera apretado sus moléculas al igual que un puño que se cierra para pegar. La descripción era correcta, salvo que no habían sido olas, sino ballenas, en las que lo sólido se daba por sí, no como metáfora.

Este combate de los elementos duró toda la noche. Cuando los elementos dejaron de golpear al mundo y en el cielo se abrieron rendijas por los que descendió la claridad del amanecer, que suele ser tan piadoso con los que han sufrido los horrores de la noche, la tripulación se asomó a cubierta para evaluar los daños y eventualmente retomar la marcha al sur. De las ballenas ni se enteraron: habían desaparecido, como si hubieran sido parte de un sueño. Una primera revisión mostró que la goleta había resistido bien, a babor un poco peor que a estribor, pero eso pasaba siempre. El foque sujeto al estay se había hecho pedazos, lo mismo que la botavara. En cuanto a la pala

del timón, mejor conseguir otra porque esta no servía para nada. El trinquete había dejado de ser lo que había sido. Y dejaron para último el bauprés, que parecía como si un perro de gran tamaño que no tuviera nada mejor que hacer lo hubiera estado mordiendo toda la noche. Así podrían haber seguido enumerando pérdidas y destrozos, pero no habrían salido del campo de los nombres. La gente de mar se había inventado un vocabulario especial, ininteligible para el ciudadano de tierra, con el objeto de marcar su autonomía, su mundo propio una vez que levaban anclas. La creatividad les daba sólo para el vocabulario. Con la sintaxis se atenían a lo convencional, no por condescendencia sino porque no les daba el cerebro. Inventar nombres raros era una cosa; inventar otro modo de enhebrarlos ya sería como inventar otra lengua, y eso habría hecho del todo incomprensibles las novelas de piratas, privando a la industria editorial de un pingüe negocio y a los niños de un modo sano de pasar el tiempo entretenidos sin romper nada de la casa una vez terminada la tarea escolar.

La tormenta había puesto un huevo, y con los primeros rayos del sol el huevo se rompió y dejó salir el monstruo que azotaba esa región del mundo: el Gran Viento del Este. Dio dos soplidos de prueba, y empezó a silbar, si se podía llamar silbido a ese rugido. El oleaje se precipitó en dirección a la costa, el agua corriendo una carrera al aire, o viceversa, algunas gaviotas disparadas como proyectiles de una honda, y por supuesto la Gloriana como una patinadora desatinada. Las maniobras que intentó el timonel para frenarla con las botavaras de repuesto de la mesana no tuvieron el menor efecto. Estaba lanzada.